

4º. Domingo de Cuaresma. Año B

Lectio divina sobre Jn 3,14-21

El evangelio de hoy es parte del diálogo que Jesús mantuvo con Nicodemo, un personaje religioso de cierta relevancia, que había mostrado curiosidad por conocer a Jesús personalmente (Jn 7,50; 19,39) y que había ido a verle una noche. Con un lenguaje típicamente joánico, Jesús explica a este judío docto y bienintencionado (Jn 12,42), el motivo y el alcance de su próxima muerte: nadie mejor para explicárnosla que quien la ha sufrido. En boca de Jesús el evangelista expone la fe comunitaria que profesa ante, y frente a, los judíos: el Hijo entregado es quien mueve a Dios hacia nosotros, la eficacia de su amor queda mostrada en su muerte; el amor de Dios es incondicional, sin límites. Contar con ese amor de Dios al *mundo* no salva al hombre de su responsabilidad, la incrementa y la hace indelible. El mundo no puede dejar de ser amado por Dios, pero puede negarse a recibir su amor o a sentirse amado en la forma con que Dios le amó. No nos podemos salvar del amor de Dios, podemos no vivir sintiéndonos amados. Ahí radica la condenación. A pesar del amor de Dios y del envío del Hijo para la salvación, la perdición es, más que posibilidad abierta, realidad presente.

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo:

14"Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, 15 para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

16Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. 17Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

18El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

19Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas.

20Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. 21En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El encuentro de Jesús con Nicodemo (Jn 3,1-21), maestro en Israel, permite al narrador presentar el primer discurso de Jesús en el evangelio – en realidad un monólogo a partir de Jn 3,11 –, en el que apenas puede distinguirse la declaración de Jesús del comentario del evangelista. Aunque ha sido quien ha buscado a Jesús y ha abierto la conversación (Jn 3,1.4.9), Nicodemo es, más que interlocutor, su pretexto; de hecho, pronto será olvidado (a partir de Jn 3,9): da la impresión de estar asistiendo más a un diálogo entre comunidades (cristiana y judía) que a un coloquio entre dos individuos.

Creada la escena (Jn 3,1-2a), el diálogo con Nicodemo gira en torno al nuevo nacimiento (Jn 3,2b-10), en concreto, en torno a las condiciones para ver el reino (3,2b-3), entrar en él (3,4-8). El doble malentendido de Nicodemo (Jn 3,4.9: ¿cómo es posible..?) ha preparado la manifestación de Jesús como revelador del Padre (Jn 3,11-21). Introducido el discurso con la solemne afirmación de Jesús (Jn 3,11a), quien a partir de Jn 3,13 habla de sí en tercera persona, se pone de relieve la necesidad de acoger el testimonio de Jesús y creerle para tener vida eterna (3,12-15), una vida que es iniciativa de Dios y que ha dividido al mundo (3,16-21).

Creer (Jn 3,12.15.16.18) es el término que recorre la primera parte del monólogo de Jesús; el de luz (Jn 3,19.20.21) domina la segunda. En la primera (Jn 3,12-18) aparece la contraposición arriba/abajo para expresar la naturaleza divina de la revelación: ser elevado (Jn 3,14) posibilita la vida eterna (Jn 3,15.16). La vida eterna trae consigo el protagonismo de Dios, que ama, entrega y envía (Jn 3,16-17), tres actuaciones que tienen la donación del hijo como demostración y garantía; el hijo entregado/enviado (Jn 3,16.17.18) es el unigénito de Dios (Jn 3,16.18) y el mundo su destino (Jn 3, 16.17.19). En la segunda parte (3,19-21) con un nuevo vocabulario y una declaración programática (Jn 3,19a: este es el juicio) aparece una temática más decisiva: binomios como juicio y fe (Jn 3,18), luz y tinieblas (Jn 3,19), obrar el mal y obrar la verdad (Jn 3,19-20), exponen la reacción dispar de los hombres a la actuación de Dios. Creer es aceptar el amor de Dios hecho realidad en la entrega de su Hijo; no aceptarlo es condenarse: se condena, pues, quien no se sabe amado. O mejor, no reconocer el amor de Dios es ya suficiente condena.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Dentro del diálogo con Nicodemo, un judío bien intencionado, Jesús descubre el sentido de su muerte y la naturaleza de la vida que aportará. La necesidad de su fin queda aludido bajo la imagen de la serpiente, cuya exaltación salvó de la muerte al pueblo en el desierto. Pero la muerte no es el objetivo de Jesús, sino el medio por el cual Dios manifiesta, más allá de

toda duda, el amor que tiene por los hombres. Ahora bien, de poco serviría tanto amor de Dios, y semejante entrega por parte de Jesús, si no encuentra acogida cordial, fe verdadera: la eficacia de la salvación depende de la aceptación de quien ha de ser salvado. Pero no está a su arbitrio: es tiempo de decisiones trascendentales. No le basta a Nicodemo haberse acercado a Jesús, en plena noche, tendrá que aceptarlo totalmente, a la luz del día: quien no se ve a la luz de Cristo, no puede alimentar más que tinieblas; se juega la salvación quien no la acepta cuando le llega.

De entrada, es interesante advertir que Jesús desveló sus razones a quien mostró interés en conocerlas, a quien le buscó, aunque fuera a escondidas y le encontrara en la noche, a quien fue a preguntárselas, porque deseaba conocerlas. Jesús no descubrió su secreto a desinteresados, a gente que nada le pregunta, a quienes poco se molestan por saber más de él. Deberíamos encontrar nosotros hoy razones para ir hacia Jesús, aunque sea en secreto, como hizo Nicodemo, para conocerle menos de oídas y verle más de cerca, para preguntarle por sus razones, por sus sentimientos, por sus proyectos, por su vida y por su muerte. Así le daríamos la ocasión para que nos tuviera confianza e intimara con nosotros, nos contara sus planes y nos expusiera su vida.

Si tantos entre nosotros nos sentimos hoy algo confusos respecto a Jesús, si no logramos entenderle como antes, si quedamos extrañados por su comportamiento y su doctrina a veces, es precisamente porque durante mucho tiempo nos parecía conocerle tan bien como para no tener que preguntarle nada. Jesús ha dejado de ser interesante para muchos hoy y, por ello, muchos son los están dejando de ser creyentes de verdad: antes de perder la fe en Cristo, perdieron el interés por El. Algo de esto puede estar sucediéndonos también a nosotros. Desinteresarse en Jesús es el primer paso para perderlo de vista.

Que no nos demos mucha cuenta, no nos aleja el peligro. Para no perderle para siempre, no perdamos interés en su persona: volvamos a Jesús, directamente, para preguntarle cuanto sobre El aún ignoramos o no logramos entender todavía. Es necesario que, para no perder la fe ni perderle a El, recuperemos el interés por su persona y por sus cosas; tendríamos que sentir de nuevo la necesidad, como Nicodemo, de conocerle mejor, de saber sus razones y entender sus ideas; descubriríamos un Jesús todo para nosotros, un hombre que está pensando en dar la vida por nosotros, un Dios que nos ama hasta la renuncia de su propio Hijo: ¡sólo por no interesarnos por Jesús, nos quedamos sin descubrir un Dios tan maravilloso! ¡No podríamos pagar mayor precio por nuestro desinterés!; y así, vamos por la vida desilusionados de un Dios, porque no le conocemos lo bastante. ¡Sólo por no preguntar!

Bastaría, en cambio, que sintiéramos un poco de afecto por nuestro Dios, que nos concediéramos algo más de tiempo para El, que dejáramos otras cosas y personas y nos preocupáramos más por El.. Sería suficiente con pensar algo menos en nosotros, dejar de escuchar sólo nuestros deseos y necesidades y concederle a El nuestro tiempo y la palabra: ello bastaría para intimar con Dios y quedarse sorprendidos por el amor - ¡tanto! - que nos tiene. Como a Nicodemo aquella noche, Jesús nos diría que su muerte es necesaria para que nosotros tengamos vida asegurada: *'el Hijo tiene que ser elevado (en la cruz), para que todo el que cree en él tenga vida eterna'*. Seguro que si le permitimos que nos hable, a solas y sólo al corazón, nos dejaríamos convencer.

Para darse a entender, Jesús alude a lo que le sucedió a Israel en el desierto, cuando muchos hombres estuvieron a punto de muerte por la mordedura de serpientes; les salvó de la muerte temida el ver una serpiente elevada en un palo. De igual manera, su muerte es el medio que nos ofrece para liberarnos de las nuestras. Pero hay que estar dispuestos a elevar nuestra mirada hacia él y a mantener fijos en él nuestros ojos y nuestro corazón. Jesús ha sido elevado en la cruz para forzarnos a nosotros a mantenernos elevados – ojos y corazón – de nuestra realidad moribunda, superiores a nuestras angustias y a nuestros problemas, sin que nos dejemos ahogar por nuestro mal y por el que reina a nuestro alrededor. ¡Quién sabe si no será porque miramos más a nuestro mundo que a Jesús en la cruz, porque nos fijamos más en nuestros males que en el mal que padeció por nosotros, por lo que no logramos ver el mundo y nuestros males con ojos serenos y con corazón apaciguado! ¿No será que, por no fijarnos en Cristo y éste Crucificado, nos estén resultando nuestras propias cruces tan pesadas e inaceptables, y no cejamos de buscar a quién cargárselas? Y es que olvidándonos de mirar a Cristo Crucificado, perdemos de vista la razón para permanecer seguros de vencer un día el mal que hacemos y el que padecemos.

Olvidarse de Cristo crucificado nos impide sentirnos amados por Dios: *'tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él.. El que no cree, está ya condenado'* ¡Nos lo tenía que revelar Jesús, el Hijo de Dios, porque nosotros no nos lo habríamos podido imaginar! El debe saberlo, pues pagó con su vida: Dios nos ha preferido a su Hijo. Esta confesión nos merece confianza, porque la ha hecho el Hijo menos apreciado, el no preferido, el que ha muerto por nosotros. Y en ello se mostró soberano el amor que Dios nos tiene. Un Dios así, ¿cómo no va a merecernos mayores atenciones, algo más de nuestro tiempo, mucho más de nuestras vidas? ¿Podremos continuar sirviéndole sólo de palabra, con la misma distancia de siempre, con el mismo desinterés, como si de un extraño se tratara, como si no hubiera hecho nada todavía por nosotros y nada tuviéramos que agradecerle?

Bien mirado, es nuestra acostumbrada indiferencia, nuestros silencios repetidos, nuestro desinterés hecho norma de vida, lo que hace más maravilloso a nuestro Dios y más sorprendente el amor que nos tiene. ¡Si al menos la entrega de su Hijo nos hiciera menos egoístas, más sensibles por su pérdida y más reconocidos por nuestra ganancia!.., Pero, por desgracia, a la mayoría su amor nos sigue dando igual, nos deja indiferentes: en realidad, tal y como nos van la cosas, o como nos parecen que nos van, ¡no nos podemos creer que nos haya amado tanto Dios! Precisamente por ser un amor tan grande

como para no sentirnos dignos de él, un amor tan misterioso como para no lograr comprenderlo, un amor tan divino como para no poder experimentarlo humanamente, los creyentes en Jesús no creemos en el amor que Dios nos ha mostrado: nos falta fe, que es aceptación del amor que Dios nos tiene. Y ésta, y no otros males, es la causa de nuestra condenación. Lo dijo Jesús a quien se lo preguntó: '*Quien no cree, ya está condenado*'. Librémonos de esa condena eterna, creyendo de corazón en el amor de Dios: bastaría mirar con más frecuencia a Cristo elevado en la cruz por nosotros.
